

terrible lid ; tan mezclados estaban los Beduinos que no se distinguian unos de otros. Atacábanse con el sable cuerpo á cuerpo ; todo el llano estaba cubierto de sangre ; jamas acaso hubo semejante batalla ; ocho dias duró sin cesar. Los vecinos de Hama, persuadidos de que todos estábamos esterminados, ya no nos enviaban aquellas raras provisiones que de tan estremados apuros nos habian sacado algunas veces. En fin, el Drayhy, viendo el mal en su colmo, reunió á los gefes y les dijo :

« — Amigos míos, es preciso hacer un último « esfuerzo : mañana es forzoso vencer ó morir : « — mañana, si Dios lo permite, destruiré el « campamento enemigo ; mañana nos hartaremos de sus despojos. »

Una sonrisa de incredulidad acogió su arenga ; sin embargo algunos mas animosos respondieron :

« — Proseguid ; os obedeceremos. »

« — Esta noche, continuó, es preciso que hagais pasar cautelosamente al otro lado del Oronte vuestras tiendas, vuestras mugeres y vuestros hijos : es menester que todo haya desaparecido antes de salir el sol sin que lo advierta el enemigo. En seguida, libres de todo cuidado, caeremos sobre él con el arrojó de la desesperacion y le esterminaremos ó perecere-

« mos todos. Dios nos protegerá y venceremos. »

Todo se ejecutó como él habia dicho, con un orden, una presteza y un silencio increíbles : al dia siguiente no quedaban mas que los guerreros. El Drayhy los dividió en cuatro cuerpos, mandando atacar el campamento enemigo por cuatro puntos á la vez ; todos se arrojaron sobre su presa como leones hambrientos. Aquel choque, impetuoso y simultáneo, tuvo todo el éxito que podia esperarse de él ; la confusion y el desorden penetraron entre los Wahabi, que echaron á huir, abandonando sus mugeres, sus hijos, sus tiendas y sus bagages. El Drayhy, sin dar tiempo á los suyos para apoderarse del botin, los obligó á perseguir á los fugitivos hasta Palmira, y no los dejó descansar hasta despues de la total dispersion del enemigo.

Apenas se declaró la victoria por nosotros, partí con Jeque Ibrahim para anunciar á la poblacion de Hama esta feliz nueva ; pero nadie quiso creerla, y poco faltó para que nos tratasen como á fugitivos. Estaba el pueblo en la mayor agitacion ; unos corrian á las alturas, desde donde no veían mas que nubes de polvo ; otros preparaban sus machos para huir hácia la costa, pero pronto, confirmándose la derrota de los Wahabi, el mas estravagante alborozo sucedió á aquella gran consternacion. Enviaron un

Tártaro á Damasco que volvió trayendo cuarenta cargas de trigo, veinticinco mil piastras, un sable y una pelliza de honor para el Drayhy, que hizo su entrada triunfal en Hama, escoltado por todos los gefes de las tribus aliadas: el gobernador, los agás, el bajá y toda su corte le recibieron de un modo espléndido.

Después de cuatro dias de regocijos, salimos de Hama para reunirnos con nuestras tribus y conducir las al levante al acercarse el invierno. El Drayhy partió con doce de ellas; las otras, reunidas en grupos de cinco á seis, se dispersaron en el desierto de Damasco. — Nuestra primera residencia fué en Tall el Dehab, en el territorio de Alepo, donde hallamos cuatro tribus que no habian tomado parte en la guerra: los gefes salieron al encuentro del Drayhy, penetrados de respeto por sus recientes proezas, y solicitando el favor de ser admitidos á firmar nuestro tratado de alianza¹. De allí marchamos sin detenernos para reunirnos con nuestro amigo el emir Taher, que nos recibió con las mas vivas manifestaciones de júbilo. Atravesamos el Eu-

¹ Farés Ebn Aggib, jefe de la tribu El Bechakez, 500 tiendas; Cassán Ebn Unkban, jefe de la tribu El Chiamssi, 1,000 tiendas; Selamé Ebn Nahssan, jefe de la tribu El Fuahez, 600 tiendas; Mehanna El Saneh, jefe de la tribu El Salba, 800 tiendas.

frates con él y con otras muchas tribus que entraban como nosotros en Mesopotamia, é iban, unas del lado de Hamad, otras del desierto de Bassora.

Recibimos en el camino una carta de Farés el Harba, anunciándonos que seis de las grandes tribus que habian peleado contra nosotros con los Wahabi, se habian acampado en la Hebassia, cerca de Machadali, que estaban dispuestas á aliarse con nosotros, y que si el Drayhy queria enviarme á su lado con plenos poderes para tratar, se creia seguro del logro. No perdí un momento en acudir á su llamamiento, y al cabo de seis dias de camino, llegué á su tienda sin accidente. Farés el Harba, haciendo al punto levantar su campamento, me condujo á una jornada de aquellas tribus¹: entonces escribí en su nombre al emir Douackhry, caudillo de la tribu El Fedhan, instándole á hacer alianza con el Drayhy y prometiéndole el olvido de lo pasado. Douackhry pasó en persona á ver á Farés el Harba, y pronto estuvimos de acuerdo; pero nos dijo que no podia responder mas que de su tribu, mirando como muy difícil convencer á las otras

¹ La tribu El Redhan, 5,000 tiendas; la de El Sabha, 4,000; la de El Rekaka, 1,500; la de El Messahid, 5,500; la de El Salca, 5,000; enfin, la de Benni Dehabb, 5,000.

cinco ; propúsome sin embargo que le acompañase á su campamento, ofreciéndome reunir á loscaudillos y usar de todo su influjo sobre ellos. Acepté y partí con él ; llegado que hubimos en medio de lo que debia ser un campamento, ví con sentimiento innumerables hordas de Beduinos tendidos al sol, pues como habian perdido sus tiendas y sus bagages en la batalla, no tenian mas cama que el suelo ni mas manta que el cielo : algunos andrajos, colgados de unas estacas, daban un poco de sombra á aquellos infelices, que se habian despojado de su única vestimenta para proporcionarse aquel triste abrigo contra el ardor del sol, y que yacian desnudos sobre la arena, espuestos á las picaduras de los mosquitos y á las espinosas puntas de la planta que pastan los camellos : muchos ni aun tenian un miserable trápo que los guareciese del calor del dia y del fresco de la noche, cuyo contraste es mortal en aquella estacion, en que ya empezaba á dejarse sentir el invierno.

Jamas tuve idea de una miseria tan completa. Aquel triste espectáculo me oprimió el corazon y me arrancó lágrimas.

Al dia siguiente Douackhry reunió los jefes y los ancianos, en número de quinientos. Solo en medio de ellos, desesperaba yo de hacerme escuchar y sobre todo de reunirlos en un mismo

parecer. Aquellos hombres, de caracter y costumbres independientes, exasperados por la desgracia, presentaban todos pareceres diferentes, y si ninguno esperaba hacer prevalecer el suyo, á lo menos tenia empeño en sostenerle obstinadamente, dejando á cada cual en libertad de hacer otro tanto. Unos querian ir al pais de Nedgde, otros retirarse á Samarcanda ; estos vociferaban imprecaciones contra Abdalla, caudillo del ejército de los Wahabi ; aquellos achacaban al Drayhy todos sus desastres. En medio de aquella division, me armé de valor y traté de refutar á unos y á otros. Empecé por alabar su confianza en los Wahabi, diciéndoles que Abdalla se habia vuelto necesariamente su enemigo desde que le abandonaron el dia del último combate y que procuraria vengarse de ellos : que yendo al Negdge, se precipitaban voluntariamente bajo el dominio de Ebn Sihoud, que los abrumaria con contribuciones, y trataria de hacerles soportar todo el peso de una guerra desastrosa ; que habiendo una vez desertado su causa y libres ya de sus garras, no debian ser como el pájaro que, habiendo escapado de la escopeta del cazador, va á caer en la red del pajarero. Ocurrióseme en fin la fábula del haz, creyendo que esta sencilla demostracion produciria efecto sobre aquellas almas cándidas, y me determiné á esplicársela. Habiéndolos ex-

ortado á reunirse para resistir á toda opresion, cogí de manos de los jeques unos treinta djerids, y presenté uno al emir Farés, diciéndole que le rompiera, lo que hizo sin dificultad: presentéle sucesivamente dos, y luego tres, que rompió igualmente porque era hombre de mucha fuerza muscular: luego le presenté todo el haz, que no pudo romper ni doblar. — « Machalla, le dije, no tienes fuerza, » y pasé el haz á otro, que no fué mas feliz: entonces se alzó en la asamblea un murmullo general.

— « ¿ Quien podria romper tamaño haz ? » clamaban todos.

— « Os cojo la palabra, » respondí, y en el lenguaje mas enérgico les hice la esplicacion del apólogo, añadiendo que me habia afligido tanto verlos sin hogar y desnudos, que me obligaba á solicitar del Drayhy la restitution de sus bagages y de sus tiendas; y que conocia bastante su magnanimidad para responder del logro de mi peticion, si entraban francamente en la alianza cuyas ventajas acababa de probarles. Y todos á una voz exclamaron: — « Venciste, Abdalla; « tuyos somos en vida y en muerte, » y todos vinieron á abrazarme; luego se convino en que darian cita al Drayhy en la llanura de Halla para poner su sello en el tratado.

Al dia siguiente atravesé de nuevo el Eufrates

y á los cinco me reuní con mi tribu. Mis amigos estaban cuidadosos de mi larga ausencia, y la relacion de mi feliz negociacion los colmó de alegria. Tantas veces he contado las reuniones, las comidas y los regocijos de toda especie usados entre los Beduinos, que no describiré de nuevo lo que pasó con ocasion de formarse el tratado de paz. El emir Douackhry enterró las siete piedras, y consumó así su alianza. Despues de la comida, hubo una ceremonia que aun no habia yo visto, la de prestar juramento de fidelidad sobre el pan y la sal: luego el Drayhy declaró que estaba pronto á cumplir el empeño que yo habia tomado en su nombre, devolviendo el botin cogido á las siete tribus que acababan de reunirse á él, pero no bastaba tener esta generosa voluntad; era preciso ademas hallar el medio de ejecutarla. En el saqueo del campamento de los Wahabi y de sus aliados, los despojos de cincuenta tribus estaban confundidos, y no era cosa facil reconocer la propiedad de cada uno. Decidióse que las mugeres solas podian lograrlo, y seria imposible formarse una idea del afan de los cinco dias que se emplearon en hacerles reconocer los ganados, las tiendas y los bagages de las diversas tribus. Cada camello y cada carnero tiene en una pata dos cifras hechas con un hierro incandescente, la de la tribu y la del dueño; pe-

ro por poco que se parezcan las cifras, ó esten medio borradas, como siempre sucede, la dificultad es inmensa; así fué que estuve tentado de arrepentirme de mi rapto de compasion y de mi imprudente promesa.

En aquella época, pasó una gran caravana que iba de Bagdad á Alepo y fué despojada por los Fedans y los Sabhas : llevaba un rico cargamento de añil, café, especias, alfombras de Persia, telas de cachemira y otros objetos preciosos, que avaluamos en diez millones de piastras. Apenas corrió la voz de aquella presa, llegaron varios mercaderes, algunos de muy lejos, para trocar ó comprar aquellas riquezas de los Beduinos, que las vendian ó mas bien las daban casi por nada ; así, por ejemplo, cambiaban una medida de especias por una de dátiles ; una pieza de cachemira por un *machlah* negro ; una caja de añil por un vestido de lienzo ; piezas enteras de pañuelos de la India por un par de botas. Un mercader de Moussoul compró por una camisa, un *machlah* y un par de botas, mercancías de valor de mas de quince mil piastras ; y una sortija de diamantes se dió por un *rotab* de tabaco. En aquella ocasion pude hacerme rico, pero el señor Lascaris me prohibió comprar cosa alguna ó recibir regalos, y obedecí escrupulosamente.

Diariamente nos llegaban del pais de Nedgde

tribus que abandonaban á los Wahabi para reunirse á nosotros, — unas atraídas por la gran reputacion del Drayhy, otras de resultas de sus desavenencias con el rey Ebn Sihoud : una circunstancia de este género nos trajo de una vez cinco tribus. El emir de la tribu de Beni Tay tenia una hija hermosísima llamada Camare (Luna). Fehrab, hijo del caudillo de una tribu vecina y pariente del Wahabi, se enamoró de ella y fué correspondido ; habiéndolo notado el padre de la doncella, prohibióle hablar al príncipe, y se negó á recibirle y aun á escuchar sus proposiciones de matrimonio, por estar destinada Camare á su primo Famer. Es costumbre entre los Beduinos, — costumbre que recuerda las que nos ha trasmitido la Biblia, — que el pariente mas cercano sea preferido cuando hay que casar á una doncella ; pero Camare, sin curarse de esta costumbre de su pais, ni dejarse intimidar por las amenazas de su padre, se negó rotundamente á casarse con su primo, y aumentando su amor en razon de los obstáculos que se le oponian, aprovechó todas las ocasiones de corresponder con su amante. Este, perdida toda esperanza de obtenerla de sus padres, resolvió robarla, é hizo que se lo propusiese una vieja á quien habia logrado sobornar ; obtenido su consentimiento, introdujose en la tribu Beny Tay,

disfrazado de mendigo, y concertó con ella la hora y las circunstancias del rapto. A media noche, salió la doncella cautelosamente de la tienda de su padre, y se reunió con el príncipe, que la aguardaba á la entrada del campamento; sentóla en la grupa de su yegua, y se lanzó al llano, pero la celeridad de su fuga, no pudo sustraerla á los zelosos ojos de Famer que, enamorado de su prima y determinado á sostener sus derechos, vigilaba hacia mucho tiempo los pasos de su rival y hacia centinela todas las noches junto á la tienda de Camare. Apenas los vió huir, echó á correr en su seguimiento. La yegua de Fehrab, que tenia la velocidad natural á la raza Nedgdié, aceleró todavía mas en aquella ocasion su carrera, aguijada por la impaciencia de su amo, pero cargada con el peso de dos personas, llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para obedecer á los redoblados golpes del estribo, y cayó sin aliento en tierra. Fehrab ve á Famer próximo á alcanzarle, y dejando en el suelo á su amante, se prepara á defenderse. Terrible fué el combate cuanto trágico el resultado: Famer, vencedor, mata á Fehrab y se apodera de su prima, pero rendido de cansancio y lleno de seguridad, se duerme un momento junto á ella; Camare, que espia su sueño, coge el sable teñido en sangre de su amante, corta la cabeza á su pri-

mo, y se traspasa el corazon con la lanza: así fueron hallados los tres por los que salieron en su busca. Siguió á este triste suceso una mortífera guerra entre las dos tribus; la de Nehrab, sostenida por los Wahabi, obligó á la retirada á la de Beni Tay, que vino, con otras cuatro tribus aliadas¹, á pedir proteccion al Drayhy, cuyo poderio ya no tenia rival. Quinientos mil Beduinos, reunidos á nuestra causa, no formaban mas que un solo campamento, y cubrian la Mesopotamia como una nube de langostas.

Mientras estábamos en las cercanías de Bagdad, otra caravana de Alepo fué despojada por nuestros aliados; iba cargada de productos de fábricas de Europa, paños, terciopelos, rasos, ambar, coral, etc. Aunque el Drayhy no tomó parte ninguna en aquel saqueo, estaba demasiado en las costumbres de los Beduinos para que pensase en oponerse á él. — El bajá de Damasco pidió satisfaccion, pero no la obtuvo; y viendo que necesitaria un ejército de cincuenta mil hombres por lo menos para hacerse justicia, renunció á sus pretensiones, resuelto á conservarse amigo de los Beduinos á toda costa.

Jeque Ibrahim veia realizarse así sus esperan-

¹ La tribu Beni-Tay, compuesta de 4,000 tiendas, la de El Hamarnid, 1500; la de El Daffir, 2500; la de El Hegiager, 800; enfu. la de El Khresahel, 3000.

zas aun mas allá de sus mas brillantes previsiones, pero mientras aun quedaba algo por hacer, no queria tomar un punto de reposo; así fué que habiendo pasado el Tigris en Abou el Ali, continuamos nuestra marcha y entramos en Persia. Allí tambien habia precedido al Drayhy su reputacion y continuamente venian á fraternizar con nosotros tribus del pais, pero en nuestro vasto plan no eran bastante aquellas alianzas parciales, y necesitábamos ademas asegurarnos la cooperacion del gran príncipe, jefe de todas las tribus persas, el emir Sahid el Bokhrari, que manda hasta las fronteras de la India. La familia de este príncipe es, hace muchos siglos, soberana de las tribus errantes de Persia, y pretende descender de los reyes Beni el Abas, que conquistaron la España, y cuyos descendientes se llaman todavía los Bokhranis. Supimos que se hallaba en una provincia muy distante, y habiendo el Drayhy convocado á todos los jefes en un consejo general, se decidió que cruzáramos la Persia, pasando lo mas cerca posible de las costas, para evitar las montañas que erizan lo interior del pais, y hallar pastos, aunque precisamente el agua debia escasearnos. En el itinerario de una tribu, es mas importante hallar en el camino yerba que agua, porque esta puede trasportarse, y nada basta á suplir la falta de alimento para los ganados,

de que depende la existencia misma de la tribu.

Cincuenta y un dias duró aquel viage, durante los cuales no encontramos ningun obstáculo por parte de los habitantes, pero sufrimos bastante, sobre todo á causa de la escasez del agua. En una de aquellas ocasiones, Jeque Ibrahim, habiendo observado la naturaleza del terreno y la frescura de la yerba, aconsejó al Drayhy que hiciese cavar la tierra para buscar agua. Los Beduinos del pais se rieron de aquella tentativa, diciendo que nunca la habia habido en aquel sitio, y que era preciso enviar por ella á seis horas de camino, pero el Drayhy insistia diciendo:

— « Jeque Ibrahim es un profeta y es preciso « obedecerle en todo.»

Cavóse en muchos puntos á la vez, y efectivamente, á cuatro pies de profundidad, se halló un agua escelente; en vista de este feliz resultado, los Beduinos proclamaron con aclamaciones, verdadero profeta á Jeque Ibrahim, y milagro su descubrimiento, y poco faltó para que, en el exceso de su gratitud, le adorasen como á un Dios.

Despues de haber recorrido las montañas y los valles del Karman durante muchos dias, llegamos al rio de Karassan, rápido y profundo; habiéndole atravesado, nos dirigimos hácia las cos-

tas donde el camino es menos áspero. Hicimos conocimiento con los Beduinos del Agiam Estan, que nos recibieron muy bien, y á los cuarenta y dos dias de marcha despues de nuestra entrada en Persia, llegamos á El Hendouan, donde estaba acampada una de sus mayores tribus, mandada por Hebiek el Mahdan. — Esperábamos que nuestro viage llegaba á su término, pero el jeque nos dijo que el emir Sahid estaba todavía á nueve jornadas de allí, en Merah-Famés en las fronteras de la India, y nos ofreció guías para conducirnos hasta allá é indicarnos los sitios donde se debia hacer aguada. Sin esta precaucion hubiéramos estado espuestos á perecer en aquella última marcha.

Enviamos correos para avisar nuestra llegada al gran príncipe y anunciarle nuestras intenciones pacíficas. El nono dia salió á nuestro encuentro, al frente de un ejército de formidable apariencia, de modo que no sabiamos en el primer momento si aquel alarde de fuerza tenia por objeto hacernos honor ó intimidarnos, y el Drayhy empezaba á arrepentirse de haberse aventurado tan lejos de sus aliados. — Sin embargo, no mostró ningun temor, colocó á las mugeres y los bagages detras de las tropas, y se adelantó con la flor de sus guerreros, acompañado por su amigo el jeque Saker (aquel á quien

el año anterior dió el mando en el desierto de Bassora y que habia preparado todas nuestras alianzas durante nuestro viage á Siria).

Pronto se tranquilizaron en punto á las intenciones del príncipe, que separándose de los suyos, se adelantó con algunos ginetes hasta en medio del llano que separaba á los dos ejércitos. Lo mismo hizo el Drayhy, y ambos gefes se encontraron á mitad de camino, se apearon y se abrazaron con muestras de la mas cordial amistad.

Si no hubiera descrito tantas veces la hospitalidad del desierto, mucho tendria que contar del recibimiento que nos hizo el emir Sahid y de los tres dias que empleamos en festines; pero para evitar las repeticiones lo pasaré por alto, y solamente diré que los Beduinos de Persia, mas pacíficos que los de Arabia, entraron fácilmente en nuestras miras, y comprendieron perfectamente la importancia de los resultados mercantiles que queriamos establecer con la India; — esto era cuanto teniamos que decirles acerca de nuestra empresa. El emir prometió la cooperacion de todas las tribus de Persia que están bajo su dominio, y ofreció su influencia para conciliarlos las de la India, que le profesan gran consideracion á causa de la antigüedad de su raza y de su reputacion personal de cordura y genero-

sidad. Hizo con nosotros un tratado particular concebido en estos términos:

« En nombre del Dios clemente y misericor-
« dioso, yo, Sahid, hijo de Bader, hijo de Abda-
« lla, hijo de Barakat, hijo de Alí, hijo de Bo-
« khrani, de feliz recordacion, declaro que he
« dado mi palabra sagrada al poderoso Drayhy
« Ebn Chahllan, al jeque Ibrahim y á Abdalla el
« Kratib. — Me declaro su fiel aliado, y acepto
« todas las condiciones que se especifican en el
« tratado general que está en sus manos. — Me
« obligo á ayudarlos y sostenerlos en todos sus
« proyectos, y á guardarles un secreto inviola-
« ble. — Sus enemigos serán mis enemigos; sus
« amigos mis amigos. — Invoco al grande Alí,
« el primero entre los hombres y el amado de
« Dios, en testimonio de mi palabra. — Salve.

« Firmado y sellado. »

Seis días pasamos aun con la tribu de Sahid, y tuvimos ocasion de observar la diferencia que existe entre las costumbres de estos Beduinos y las de los nuestros. Los Persas son mas mansos, mas sobrios, mas sufridos, pero menos valientes, menos generosos, y sobre todo menos respetuosos con las mugeres; tienen muchas preocupaciones religiosas y siguen los preceptos de la

secta de Alí. Además de la lanza, el fusil y el sable llevan un hacha cuando van á la guerra.

El príncipe Sahid envió al Drayhy dos hermosas yeguas persas, conducidas por dos negros, y este en cambio, le regaló una yegua negra de la raza de Nedgdié, llamada Houban Heggín, presente de sumo valor al que añadió algunos adornos para sus mugeres.

Estábamos acampados no lejos de Menouna, la última ciudad de Persia, á veinte leguas de la frontera de las Indias orientales, en la orilla de un rio que los Beduinos llaman El Gitan.

El séptimo día, habiéndonos despedido de Sahid, nos pusimos en marcha para volver á Siria antes de los calores del verano. Caminábamos rápidamente y sin precauciones, cuando un día, en la provincia de Karman, nos fueron arrebatados nuestros ganados, y al siguiente nos atacó una poderosa tribu, mandada por el emir Redaini, que se intitula el guarda del califado de Persia, hombre imperioso y celosísimo de su autoridad. Aquellos Beduinos, muy superiores en número, nos eran muy inferiores en valor y en táctica, y nuestras tropas además tenían mucho mejores gefes. La posición del Drayhy era sin embargo muy crítica, pues si el enemigo alcanzaba la menor ventaja éramos perdidos; todos aquellos Beduinos del Karman nos hubieran